EXCMO. SR. D. MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AÑO LIV. - TOMO XLVI. - ENERO - ABRIL 1966. - CUAD. CLXXVII

Melchor Fernández Almagro
(1893-1966)

¿Qué es a nuestra edad un amigo muerto? ¿Es una ausencia que nos dice "Nunca más", o es una presencia invisible que nos está diciendo "Hasta luego"? ¿Qué es para nosotros el recuerdo del amigo muerto: un sentimiento de soledad o la muda expresión de una cita entre dos personas?

Perdonadme, queridos compañeros, que comience así este homenaje a la memoria de Melchor Fernández Almagro. Sé muy bien que mi deber consiste ahora en traer ante vosotros la figura del gran escritor y académico ejemplar que Fernández Almagro fue. Mas para mí —y pienso que también para vosotros—, Melchor, antes que crítico literario e historiador, antes que asiduo miembro de esta Casa, fue un amigo entrañable. Y cuando la amistad llega a ser cosa verdadera, un millón de páginas impresas no bastaría para alejar de nosotros la realidad viva o la realidad muerta de aquel a quien la amistad nos unió. Desde tan inmediato contacto personal con Melchor Fernández Almagro quiero yo recordarle esta tarde.

Ante todo, para decir lo que fue. ¿Qué fue Melchor Fernández Almagro? Permitidme que para dar mi res-

puesta a esta interrogación —para entender y describir con alguna verdad y cierta precisión la real personalidad de nuestro amigo— lea en voz alta un fragmento de la conmovedora carta que hace pocos meses me escribió: «En estos días de relativa soledad y relativo descanso he pensado mucho en mi vida y en mi obra. En mi vida, porque ya he entrado en la zona de *pericolosità* que la Muerte señorea a su gusto. La Muerte da *pascos* a su manera, sin que se sepa cuándo y dónde descargará su golpe de gracia ese "piquete de ejecución" que son las enfermedades y los accidentes. Y pienso también en mi obra: modestísima, pero ¿no podía haber sido menos modesta? Determinadas circunstancias no me han favorecido: concretamente, en mi vocación de escritor político. Como articulista de "fondos" en *La Epoca* (¡ay, mi *belle époque!)* fue como me di a conocer, antes que como crítico literario: "crítico de la vida pública" hubiera querido ser, con independencia de criterio que cada vez se ha hecho menos posible. Hablo de 1921. Pero dos años después empecé a oir preguntas como éstas en aquella y en otras redacciones: "¿Se podrá decir esto? ¿Lo dejará pasar la censura...?" Y hasta hoy. Mi fraternal amigo Jorge Guillén me decía: "Tú podrías colaborar a la vez, sin contradecirte, en *El Liberal,* en *El Sol,* en *El Debate* y en *A B C...*" ¿Dónde ha ido a parar mi anacrónico —anacrónico hoy, justificadísimo entonces— "liberal-conservatismo", fórmula encantadora de la sensatez española, fantasmal, si es que alguna vez tomó cuerpo?".

Tomemos estas palabras de autodefinición como punto de partida y preguntémonos otra vez: en cuanto escritor, desde el punto de vista de su obra, ¿qué fue Melchor Fernández Almagro? ¿Un crítico de la vida pública que no pudo, por razones externas, cumplir íntegramente su vocación? ¿Un hombre aplicado a decir con sensibilidad y hondura la verdad de lo que en torno a él está pasando? Sí; pero no sólo eso. Porque Melchor Fernández Almagro, que tantas cosas certeras acer-

ca de sí mismo y de España nos dice en las líneas antes transcritas, limita en ellas a su propio tiempo el campo de su más verdadera vocación y da nombre de "crítico" a lo que él por vocación, por afición y por talento personalmente era; esto es, a su condición de historiador. Melchor Fernández Almagro, historiador de su tiempo y de la vida española próxima a éste: tal es, a mi juicio, la fórmula que más inmediatamente nos permite acercarnos al conocimiento de lo que como escritor fue nuestro compañero.

Mas no sólo en cuanto al nombre del quehacer debemos rectificar ese testimonio autobiográfico; también en cuanto a la importancia de la obra con ese quehacer lograda. Porque la obra del historiador Fernández Almagro, desde su imprescindible monografía sobre los *Orígenes del régimen constitucional en España* hasta esa minuciosa y delicada historia de su propia infancia que él tituló *Viaje al siglo XX,* dista mucho de ser modesta. Con la doble autoridad de su cargo y su persona, uno de nosotros, Francisco Javier Sánchez Cantón, ponderaba hace pocos días en la Academia de la Historia la gran importancia de la contribución de Melchor Fernández Almagro a la historiografía española. Porque todo o casi todo lo que Melchor escribió, crítica literaria, estudio biográfico, artículo volandero o volumen de tomo y lomo —su *Cánovas,* su *Historia política de la España contemporánea,* su *Historia del reinado de Don Alfonso XIII*— fue, en definitiva, una valiosa contribución al mejor conocimiento de la España ulterior al reinado de Carlos IV. Nada puedo añadir yo a esa documentada sinopsis. Pero, apoyándome en ella, tal vez acierte a decir algo acerca de la relación entre la obra historiográfica de Fernández Almagro y la persona de su autor.

En cuanto modo de ser "intelectual", más aún, en cuanto modo de ser hombre, ¿qué es el historiador, cuando llega a serlo cabalmente? Voy a decirlo con dos textos egregios. Uno es de Menéndez Pelayo, y alude a

las dotes anímicas del verdadero cultivador de la Historia. El otro es de Guillermo Dilthey, y nos ilustra acerca de lo que el historiador humanamente hace.

Dice así el primero: "La naturaleza reparte desigualmente sus dones: a unos da el genio filosófico y la penetración intuitiva de las grandes leyes de la evolución humana; a otros, el talento literario, la magia del estilo, la adivinación semi-poética, el poder de resucitar las generaciones extinguidas y de interrogar a los muertos, leyendo en sus almas sus más recónditos pensamientos...; a otros, en fin, les dio diligencia incansable, amor a la verdad por sí misma, celo de propagarla y difundirla, perseverancia modesta en la indagación de cada detalle, espíritu curioso y ordenador... De estas tres naturalezas tiene que participar en mayor o menor grado el historiador perfecto".

Y el texto del filósofo tudesco —radicalización historicista, sin que su autor lo supiera, de otro, bien hermoso, de fray Jerónimo de San José— reza así: "Sólo la amplitud y el poderío de la vida propia y la energía de la meditación acerca de ella hacen posible la hazaña de dar segunda vida a las sombras exangües del pasado. El enlace de entrambas con una ilimitada necesidad de entregarse a la existencia ajena, y aun de perder en ella la propia personalidad, es justamente lo que constituye al gran historiador."

Vengamos ahora a nuestro problema. Con esos textos como pauta intelectual, ¿qué podemos decir acerca de Melchor Fernández Almagro? ¿Cómo en su obra historiográfica se expresó la peculiaridad de su persona?

No fue Fernández Almagro —para comenzar por la primera de las tres "naturalezas" que menciona Menéndez Pelayo— un historiador filosófico; pero en modo alguno fue ajena su mente a esa "penetración intuitiva de las grandes leyes de la evolución humana" a que el maestro montañés se refiere. Aunque no vocada ni consagrada al saber filosófico, su fina inteligencia era sensible a él, y nunca en su obra historiográfica —tenga a

Ganivet, a Valle-Inclán o a Cánovas como tema inmediato— falta la certera referencia de la realidad estudiada a las formas y los conceptos en que la "evolución humana" se nos hace comprensible. "Hombre pragmático, pero no escéptico", dice, por ejemplo, de Cánovas. "Si cronológicamente pudo ser romántico —escribe en otra página de la misma biografía—, era un superviviente del neoclasicismo." La penetración psicológica se expresa a través del concepto histórico-cultural; por lo tanto, filosófico.

Pero donde verdaderamente descolló el talento historiográfico de Melchor Fernández Almagro fue en las dos restantes dotes a que alude la preceptiva menendez-pelayina. "La adivinación semi-poética, el poder de resucitar a las generaciones extinguidas y de interrogar a los muertos..." Semipoeta de la comprensión personal y literaria fue Melchor, y maestro en el arte de interrogar con amor y delicadeza a los muertos. Hay cultivadores de la historia que *ven* la vida pretérita, historiadores "de ojo"; hay otros que *oyen* lo que de un modo o de otro dicen los hombres que hicieron esa vida, historiadores "de oído". Los primeros nos ofrecen figuras y cuadros del pasado; los segundos, intenciones y sentidos. Aquéllos describen con mejor o peor arte; estos otros conjeturan con acierto y sutileza mejores o peores. Repasad la lista de los que inmediatamente vengan a vuestras mientes, y pronto se os hará patente la orientación visual o la orientación auditiva de cada uno de ellos.

De uno y otro modo fue historiador Fernández Almagro. Leed su patética descripción del sacrificio de la escuadra de Cervera y tendréis un acabado ejemplo de historiografía visual. Deteneos en las viñetas que ilustran y agracian su biografía de Cánovas —las ventas andaluzas del tiempo de Isabel II, un baile de disfraces en el palacio de Cervellón, "Frascuelo", sargento del Escuadrón del Aguardiente a las órdenes del duque de Sesto—, y descubriréis con deleite cómo la mirada descriptiva sabe contraerse a la realidad menuda o mínima.

Mas no sólo historiógrafo de figuras supo ser nuestro compañero; también historiógrafo de intenciones, y tanto en lo grande como en lo pequeño. ¿Cómo no verlo así en sus finas y ponderadas conjeturas acerca de los propósitos políticos de Cánovas o de lo que en relación con sus matrimonios fue la intimidad sentimental del gran estadista?

A través del ojo y del oído —aquél, el sentido que nos presenta la realidad natural; éste otro, el sentido que nos comunica con la realidad personal—, Melchor Fernández Almagro fue un resucitador y un interrogador de muertos egregios o humildes. Y lo fue, siempre según la plural exigencia de Menéndez Pelayo, mediante "el talento literario" y "la magia del estilo". ¿Por qué? ¿Porque Fernández Almagro perteneció como escritor al género de los que suelen llamar "estilistas"? No. Pudiendo haberlo sido, porque talento literario, gusto y lecturas le sobraban para ello, Melchor no quiso ser y no fue un "estilista". Por lo menos, en la acepción tópica del vocablo. Amaba a nuestro idioma tanto como el que más, y era sobremanera diestro en la percepción y el recorrido de sus recovecos léxicos, semánticos y sintácticos. Esta sala ha sido frecuentísimo escenario de ese amor y esta capacidad. Pero él quiso ser estilista funcional y no estilista decorativo. Y puesto que la función del historiador es, ante todo, narrar sucesos y contar intenciones, narrativo fue, muy en primer término, su estilo literario. Melchor escribía relatos, no romanzas. Esta fue la clave de su estilo siempre fluyente, siempre corredor, como los arroyos de la sierra y del llano, y sólo despegado de la sencillez cuando la índole de la materia narrada así lo requería.

Vengamos, en fin, a la tercera exigencia: "diligencia incansable, amor a la verdad por sí misma, perseverancia en la indagación de cada detalle, espíritu curioso y ordenador...". Escribiendo estas líneas en 1893, ¿estaba Menéndez Pelayo adivinando que ese mismo año nacería en Granada alguien que varios decenios más tarde había

de ser, como historiador y como hombre, vivo y eminente trasunto de lo que él profesoralmente pedía? Melchor, el archivo viviente de nuestra historia contemporánea, el fiel contraste de cualquier duda o cualquier discusión acerca de esa historia, el minucioso y preciso sabedor de hechos grandes y chicos, consultas de la Corona, chismes literarios o políticos, parentescos, actos de bandidaje o ejecuciones en el garrote vil... ¿Quién como Melchor ha dado realidad personal a esa "tercera naturaleza" del historiador? Es verdad. Pero sólo con ciertas salvedades puede ser aplicada a él la letra de ese texto. Porque las palabras de Menéndez Pelayo despiertan en la mente del lector la idea del esfuerzo metódico y cotidiano, y Melchor Fernández Almagro poseía tan inmensa copia de saberes minúsculos como si su adquisición hubiese sido para él cosa de juego, como si la sucesiva y segura penetración de todos ellos en su prodigiosa memoria no hubiera tenido otro método que el gustoso y chispeante de la conversación o la tertulia a que él tan generosa y asiduamente se entregaba.

Mas no todo fue obra historiográfica, artículo volandero y brillantez coloquial —una brillantez que su peculiar prosodia velaba unas veces y realzaba otras— en la vida de Melchor Fernández Almagro. Hubo en ésta también, todos lo sabemos, una singular melancolía. Y esta verdad va a entregarnos la más íntima cifra de lo que como hombre e historiador fue nuestro amigo.

El fragmento de Dilthey antes transcrito brinda una penetrante y elegante noticia acerca de lo que, provisto de las dotes anímicas antes nombradas, hace en su oficio el cabal cultivador de la historia. La tarea de éste consiste esencialmente en "dar segunda vida a las sombras exangües del pasado"; y esto lo logra —supuesta, claro está, una suficiente posesión de las varias técnicas que la historiografía exige— entregándose con magnanimidad a la comprensión de la existencia ajena, e incluso perdiendo la propia personalidad en el empeño. Esto es, gastando vida propia en la tarea de recrear

vida ajena sobre los restos inertes del pasado. En definitiva, transmutando efusiva y conjeturalmente el propio vivir en lo que pudo ser —a veces, en lo que tuvo que ser— el vivir de los hombres y las instituciones de antaño. Sólo es historiador de raza quien, sin mengua del respeto a la verdad objetiva y de las preferencias ideológicas y morales, sea capaz de escribir con parejo amor sobre Zumalacárregui y Espartero, Nelson y Gravina, Wellington y Napoleón. O como de nuestro Melchor Fernández Almagro diría Jorge Guillén, quien sin contradecirse a sí mismo —más gravemente: sin traicionarse a sí mismo— es capaz de escribir a la vez en *El Liberal,* en *El Sol,* en *El Debate* y en *ABC.* Relación a la cual el gran poeta habría podido añadir, sin forzar un ápice su intención, *La Publicitat,* de Barcelona, *La Nación,* de Buenos Aires, *El Mercurio,* de Santiago de Chile, y *Excelsior,* de México.

¿Qué supone todo esto? ¿Cómo un escritor puede ser simultánea y sucesivamente hombre de *El Liberal,* de *El Debate* y de todos los restantes diarios de esa variopinta serie? La respuesta es obvia: sólo si la vocación y la disposición de ese escritor consisten en entregarse gustosa y generosamente a la comprensión vital de lo distinto. Con otras palabras: sólo haciéndose uno mismo, sin detrimento de la propia limpieza, como los demás son. O bien, poniendo un punto de paradoja en la fórmula de Dilthey: sólo cuando uno constituye y afirma su propia personalidad perdiéndola en la comprensión y en la recreación de la existencia ajena. Recordemos a nuestro Melchor: la persona afable y convivencial, el contertulio a la vez ingenioso y prudente, el crítico bondadoso, el liberal-conservador —más exactamente, el liberal-conservador-socialista—, el gran tímido, el desvalido solitario, el historiador de raza que Melchor fue, ¿no están diciendo a gritos, con su simultánea realidad, que ese hombre afirmaba su personalidad propia perdiéndola en los otros? Y esto, pasada la ocasional fruición de la entrega, cuando la entrega, como en él sucedía, es bri-

llante, ¿puede acontecer sin dejar en el hondón del alma un poco de melancolía? ¿Puede no ser melancólica la soledad del que se gana a sí mismo perdiéndose a sí mismo, del hombre que se desvive por la convivencia?

Tanto más si ese hombre, por temperamento, es y no puede dejar de ser un niño perdido en el mundo. Tal era el caso de Melchor Fernández Almagro. Por debajo de su aguda inteligencia y de su inmensa memoria de hechos y personas, más allá de su pronto y luminoso ingenio, Melchor era un niño curioso del mundo y perdido en él. Curioso del mundo: esto es, amador de lo que el mundo es, con sus paradojas y contradicciones, y siempre dispuesto a abrir con asombro los ojos ante la inagotable novedad que el mundo ofrece a quienes por naturaleza no pueden ser indiferentes, rapaces o dominadores. A fines del siglo XVII era fundada en Erfurt una *Academia Leopoldina-Carolina-Caesarea naturae curiosorum.* De ella habría podido ser miembro egregio Melchor, y más aún si ese barroco título hubiese incluido expresamente la curiosidad por la historia: *Academia naturae historiaeque curiosorum.* Pero Melchor no era sólo amador y curioso del mundo, porque, para su constante desazón, se sentía perdido en aquello mismo que le encantaba. ¿Recordáis sus confesiones retrospectivas de *Viaje al siglo XX?* En aquellos temores del niño ante las estancias de la casa familiar que con su lejanía y su misterio más le atraían, ¿no percibís el preludio del varón inerme y desvalido frente a la incómoda e hiriente realidad del mundo; esto es, frente a una realidad exterior que sólo raras veces llega a ser maternal? Melchor, el siempre menesteroso de madre... Ved la doble raíz de la delgada melancolía que empapaba su persona, por debajo del alegre y agudo ingenio: su alma de historiador de pro, su permanente condición de niño curioso del mundo y perdido en él.

¡Ay de la melancolía
que llorando se consuela!,

escribió una vez Antonio Machado. La de Melchor no se consolaba llorando; era demasiado noble para ello. Se consolaba tan sólo cuando su paciente y titular, el hombre Melchor Fernández Almagro, generosamente se entregaba a ver, recrear y describir lo mejor de los demás, de todos los demás: liberales, conservadores y socialistas; castizos y europeizados; castellanos, andaluces y catalanes; hispanohablantes de esta orilla y de la otra; campoamorinos y juanramonianos; hombres de tertulia y hombres de torre de marfil. En definitiva, cuando él, perdiéndose a sí mismo, a sí mismo se ganaba.

Comencé hablando del amigo; dejadme que termine hablando de él. Abro nuestro más reciente anuario y leo: "Excmo. Sr. (bien, aceptemos el ringorrango) D. Pedro Laín Entralgo: 372 asistencias". Más de trescientas semanas, en cada una de las cuales, en silencio o en breve coloquio cuchicheante, él sobre este mismo sillón que yo ahora ocupo, yo a su lado, hemos vivido aquí una hora de compañía y amistad. Su ausencia me abraza y me hace sentir la extraña soledad parcial en que nos deja el amigo muerto. ¿Qué me está diciendo esa ausencia: "Nunca más" o "Hasta luego"? No lo sé. No lo sé.

PEDRO LAÍN ENTRALGO.